

CAPITULO XIX

LA DIPLOMACIA Y LA CUESTIÓN GRIEGA

Comunicase el *ultimatum* ruso á la Puerta y á las potencias.—El emperador Alejandro.—Austria é Inglaterra.—Situación de los negocios en Constantinopla.—Austria se inclina á Rusia.—El intermedio en Constantinopla.—Relaciones entre Inglaterra y la Puerta.—Lord Strangford.—El quinto artículo ruso, la pacificación.—El emperador Alejandro en las conferencias de Viena y en el Congreso de Verona.—Cambios en Constantinopla.—El príncipe Metternich y el arte diplomático de Austria.—Nuevo cambio en San Petersburg y en Constantinopla.—Tercera serie de reclamaciones rusas.—Cuarta serie de reclamaciones rusas.—Últimas gestiones de lord Strangford.—La pacificación en la quinta serie de reclamaciones rusas.



HORA veremos que cuando el gobierno griego hizo saber á las grandes potencias de Europa que no quería que dispusieran de su suerte sin consultarla, hacía bien en intervenir con tanta resolución, porque las grandes potencias, en efecto, entendían tratar á Grecia como habían tratado á Italia y á España.

Alejandro, precisamente para tranquilizar al emperador Francisco, le decía que era necesario hacer algo en Grecia, porque también allí los revolucionarios eran causa de lo que ocurría, y esto se lo decía el tsar á Austria en vista de la más que fría acogida dispensada en Viena al *ultimatum* de Rusia á la Puerta, ó mejor, á las tres Memorias con que el tsar creyó deber acompañarlo.

Ya hemos dicho que, por primera vez, se había puesto en tela de juicio la coexistencia de Turquía en Europa, y este tema tan difícil de resolver, lo exponía Rusia á las grandes potencias con tanta franqueza, que rayaba en cínica impudencia.

Preguntaba Rusia á las potencias por su actitud, caso de que se declarase la guerra entre Turquía y Rusia, y preguntaba por lo que propondrían las po-

tencias para reemplazar á Turquía caso de que ésta fuera vencida, y como en una de sus Memorias recordaba que por los tratados de 1812 debía entenderse que Rusia había tomado bajo su protección á los pueblos cristianos todos sometidos á Turquía, Rusia parecía preguntar qué es lo que se le concedería ó daría en recompensa. Sin embargo, el tsar declaraba á los soberanos aliados que él no entendía obrar sino de conformidad con su manera de ver, asegurándoles que como hasta aquí Rusia no trabajaría para ensanchar sus fronteras, sino para el equilibrio de Europa.

De todas las potencias consultadas, sólo Prusia contestó sobre la marcha. Hardenberg,—22 de Julio de 1821,—respondió con una Memoria, en la cual felicitaba á Rusia por su actitud y por poner en manos de Europa la resolución del conflicto griego; pero Hardenberg ya advertía que no se conseguiría nada si Inglaterra y Francia no entraban en el concierto europeo sin reservas.

Francia é Inglaterra no acertaban que contestación dar á Rusia, mientras en Austria, como ya hemos dicho, el disgusto por las consultas y por la

actitud de Rusia, se manifestaron desde el primer momento, con toda espontaneidad y evidencia.

Austria estaba tanto más disgustada, cuanto que creía haber dominado la cuestión en Laybach, pues en esta ciudad Alejandro declaró á Metternich, que era necesario sofocar el movimiento de los Principados, pues del de Grecia nadie hizo entonces caso, y que no se debía intentar ni pensar en nada respecto de Turquía, sin una previa inteligencia entre Austria y Rusia.

Como ya sabemos, por este tiempo Alejandro veía en todas partes la obra de los revolucionarios y de los conspiradores, pero cuando ese temor se desvaneció y la insurrección de Grecia se presentó con el hermoso carácter del renacimiento de un gran pueblo; Rusia volvió á su política tradicional y comprendió que algo podía hacer ahora en Turquía para derribar en Europa el gobierno de los Osmanlis. Dicho se está que á esta política se veía arrastrada Rusia ahora por el partido militar, que á toda costa y sin rebozo pedía la guerra, de modo que á la Puerta le era más que difícil distinguir entre esos agitadores y el emperador sinceramente partidario de la paz ó de una acción mancomunada de las grandes potencias. Por esto Turquía contestó siempre con tanta resolución y energía á las reclamaciones de Rusia, como lo hace quien dice que se le quiere engañar con falsas protestas de paz y de amistad.

Pero por encima de este partido, si bien obrando de una manera muy disimulada, estaba el alto personal directivo de la política rusa; estaban Pozzo di Borgo que desde su embajada de París vigilaba á Metternich, estaban el ministro de Estado Nesselrode que no sabía negarse á nada de lo que le decía Pozzo di Borgo, estaban Stroganov, su brazo derecho, y Kapodistrias, su brazo izquierdo. Para estos hombres lo esencial, fuera de la opinión particular de Kapodistrias, á quien su sangre y sus opiniones unían á la insurrección, era contrarrestar y anular la influencia de Metternich.

El partido de la paz en San Petersburg, lo representaban Nesselrode cuando no se le ponía en compromiso y el general Diebitsch, á quien llamaba Metternich el buen genio del tsar. El general gozaba en efecto, de gran influencia en el ánimo del tsar.

Alejandro no pudo jamás decidirse por una política propia como parecía desprenderse y así se creyó en Europa que se había ya resuelto, cuando levantó la pavorosa cuestión de la existencia de Turquía en Europa. Alejandro hubo de dejarse llevar á fir-

mar las tres famosas memorias de que hemos hablado, en la inteligencia de que Austria le dejaría el campo franco en Turquía, como él se lo había dejado á ella en Italia, pero como en esto se equivocó y se vió desde luego contrarrestado, Alejandro no se atrevió á pasar adelante porque no quería turbar la paz de Europa, pero una genialidad, y Alejandro tuvo muchas en su vida, un accidente cualquiera podían de improviso hacer salir á Alejandro de su reserva y esto era precisamente lo que traía inquietas y de mal humor á Austria é Inglaterra.

Lord Castlereagh principió por poner sus manos en las de Metternich, asegurándole estar con él de toda conformidad, pero mientras Metternich daba órdenes á Lützov para que apoyara anérgicamente las reclamaciones de Rusia, seguro, con esto de retener á esta potencia, Castlereagh que también le encargaba á Strangford que hiciera lo mismo, le recordaba especialmente que en modo alguno tomara parte en acción alguna colectiva, de esta manera el ministro inglés quería estar dispuesto para poder obrar en toda libertad según conviniera á los intereses de Inglaterra.

Este egoísmo británico nunca se manifestó tan á las claras como en la comunicación enviada por Castlereagh á Alejandro directamente, haciendo uso de la facultad que para hacerla le había concedido el emperador en 1818. Castlereagh principiaba afirmando el carácter francamente revolucionario del movimiento de Grecia; con esto disponía el ánimo del tsar contra el movimiento helénico que Inglaterra hubiera sofocado de buen grado. Luégo halagaba al tsar reconociendo que por su posición topográfica, por los intereses morales, religiosos y comerciales existentes entre Rusia y los países griegos, Rusia debía sentirse atraída por Grecia que le creaba de esta suerte una situación nuevamente engorrosa. «Respecto de Turquía, decía lord Londonderry, es inútil demostrar que es un mal necesario en el sistema político de Europa; que es ciertamente una excrecencia enfermiza, por lo cual debía descorazonar toda tentativa de curarla por lo mismo que ponía en peligro el sistema político entero.»

Esto no quiere decir que Rusia tenga que sufrir pacientemente los insultos de Turquía, pero por lo mismo que la razón y la fuerza están del lado del tsar, Castlereagh le decía que teniendo en cuenta el tsar que «Turquía está infectada por el espíritu de los nuevos principios y de los antiguos odios,» se mostraría más indulgente de lo que Turquía merecía, dejando que la agitación griega se consumiera por sí misma. Cierito, añadía, que los horrores co-

metidos por Turquía han puesto del lado de Grecia á los pueblos europeos, pero al fin y al cabo no debía olvidarse que los griegos habían sido los agresores. Por esto era de esperar que tomara una actitud espectante, que es la que aconsejaban sus aliados.

«Jamás el emperador ha tenido ocasión más favorable para dar una prueba notoria de sus sentimientos, como la que le ofrece el momento actual, si enfrente de un Estado fanático y semi-bárbaro, muestra ese grado de paciencia y de longanimidad que solo le puede inspirar el respeto religioso y entusiasta por el sistema á cuya fundación ha contribuido de tan considerable manera.»

Metternich, como si hubiese tenido conocimiento de esta comunicación, escribió en el mismo tono al tsar presentando la obra de una guerra entre Rusia y la Puerta como el gran proyecto de los revolucionarios europeos.

Este tema de la acción revolucionaria, acabó por convencer á Alejandro que se trataba de hacerle miedo, y sino él sus consejeros comprendieron el juego de Austria é Inglaterra y salieron al reparo de una manera ingeniosa. Si lo que ocurre en Turquía es obra de los revolucionarios, ¿qué no harán los revolucionarios si logran destruir á Turquía? Hé aquí como los diplomáticos rusos, más hábiles y discretos que los Metternichs y los Castlereaghs, les devolvían la pelota y les pusieron en el caso de dar una contestación concreta á sus memorias y despachos de Junio.

Creyó Metternich que Rusia estaba dispuesta á obrar y para retenerla propuso una reunión de las grandes potencias en un punto central para obrar de común acuerdo; pero Rusia replicó por lo alto, es decir, como habiéndose cruzado la contestación de Rusia al despacho primero de Metternich sin haberse enterado de su última proposición. Decíale Alejandro que Rusia había llevado su moderación hasta los últimos límites, y que estaba dispuesta á no salirse de ella si la Puerta atendía á sus reclamaciones sobre los Principados, que por consiguiente las potencias debían convencer á Turquía de la conveniencia de ceder á sus amonestaciones para lo que bastaban los embajadores reunidos en Constantinopla, pero que en el caso de guerra inevitable una reunión de delegados en territorio ruso sería altamente conveniente para demostrar que la dicha guerra no era el signo de la disolución de la alianza Europea tan saludable para todos los Estados.

Los diplomáticos rusos continuaban, pues, mostrándose más hábiles que los anglo-austriacos para quienes ya no quedaba más remedio que responder

á las cuestiones formuladas en los despachos de Junio por Rusia. Castlereagh contestó con el desenfado propio de todo inglés, ó mejor aún de todo conservador, y Metternich, el fiel representante de las clases conservadoras de la época, lo hizo bajo el mismo tono, por esto Rusia luégo, comprendiendo que Austria no hacía más que repetir lo que le decían de Inglaterra al responder de nuevo á Castlereagh, dió de la contestación á éste copia á Metternich para que la tomara como contestación á su despacho, bofetada que el griego Kapodistrias enviaba á los enemigos de su patria.

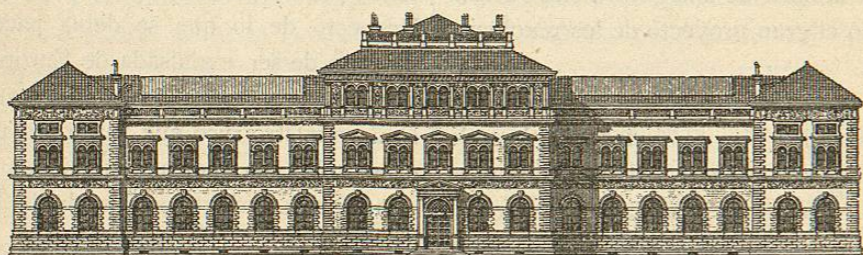
Castlereagh, pues, principiaba por declarar que no creyendo en la guerra entre Rusia y la Puerta, no tenía por qué decir cuál sería la actitud de Inglaterra, pues no entreveía los términos de tal guerra. Respecto de lo que se debía hacer con Turquía después de ser expulsada de Europa, lord Londonderry decía al ministro ruso, que caso de encontrarse un ministro ruso que prefiriera tener por vecino en vez de una Turquía arruinada y descalabrada «un Estado griego nacido de la Revolución, á él ciertamente le correspondía, á él personalmente, presentar á los aliados del emperador la manera de ejecutar su proyecto, contra cuya urgencia, utilidad y humanidad se verían obligadas á protestar unánimes las potencias.»

«Si se le pregunta desde el punto de vista moral, si los descendientes de aquellos que nuestra educación nos enseña á admirar, como destinados á arrastrar su actual miserable existencia bajo el yugo de los turcos, diría que, ciertamente este llamamiento no podría ser desatendido, si los hombres de Estado pudieran sustituir los consejos de su corazón con los de su razón; pero en realidad, los hombres de Estado sólo están llamados á salvaguardar los intereses que les están confiados inmediatamente; y no deben poner en peligro la existencia de la actual generación, queriendo asegurar con sus cálculos la felicidad de la posteridad. En cuanto á él, sería ponerse en desacuerdo con sus nociones del deber, prestándose al proyecto de un restablecimiento político de Grecia, exponiendo no solo á Turquía sino á toda Europa á una confusión subversiva... Sólo le es permitido expresar el deseo, que el tiempo y la Providencia sabrán procurar á ese pueblo compensaciones que el hombre de Estado no podría procurarle sin ser infiel á sus otros deberes.»

Para que esta franca declaración de que todo un pueblo, el pueblo que representa la cuna de nuestra civilización, por cuyos gloriosos antepasados todavía somos lo que somos, pues la civilización euro-

pea es más griega que romana, para que esta franca declaración de que se debía sacrificar á ese pueblo á los intereses particulares de Inglaterra surtiera efecto entre los ingleses, y se aprobara la conducta de su ministro, éste no tuvo más que dirigirse á la nación usando un lenguaje más franco, más cínico; así al llevar al Parlamento la correspondencia diplomática que dejamos resumida, declaraba que en opinión del gobierno, lo que en aquellos momentos convenía era, «no disminuir, ni conservar simplemente la potencia de la Puerta, sino *fortificarla*.»

Kapodistrias mojó su pluma en hiel é hizo entender á Castlereagh y á Metternich hasta dónde llegaba su política egoísta. Rusia, hasta aquí había



Museo artístico-industrial de Viena (obra de Ferstelt)

Austria se había burlado de él en Italia, y que había sido víctima de todos en España. La Santa Alianza quedaba de hecho disuelta, y se disolvía en el momento mismo en que se trataba de los intereses rusos. Dura lección que Rusia no olvidó.

Convencidas las potencias occidentales de que Alejandro no estaba dispuesto para la guerra y que había de ser necesario arrastrarlo á ella, comprendieron que era necesario influir poderosamente en Turquía si se quería evitar el conflicto, pues caso de que Constantinopla se mostrara intemperante y agresiva, era difícil prevenir el conflicto. Por consiguiente, los embajadores de dichas potencias que hasta aquí se habían entretenido en buscar el medio de apaciguar la revolución instando á los griegos primero á que hicieran la guerra con mayor moderación, luego á que aceptaran la amnistía que les ofrecía la Puerta, recibieron órdenes terminantes y concretas de hablar gordo á Turquía, á fin de que atendiera á las reclamaciones de Rusia.

Turquía estaba pronta á evacuar los Principados Danubianos, pero pedía que se le garantizase el que al evacuarlos ella no serían ocupados por los rusos, pero no por esto cedía Turquía en su exigencia de que se le devolvieran sus súbditos revoltosos refu-

sometido á todas las potencias aliadas las cuestiones de interés general, y á su resolución se había conformado; ahora les sometía la cuestión griega, cuya gravedad se reconocía y se confesaba, cuya trascendencia y generalidad era notoria y era confesada también, y sin embargo, nadie se quería concertar sobre lo que convenía hacer; en su consecuencia, así hacía saber que Rusia llevaría su longanimidad hasta el extremo, pero que si la guerra llegaba á ser inevitable, Rusia haría la guerra en interés de todas las potencias y no en el suyo propio, renunciando desde luego á todo ensanche territorial.

Si Alejandro al firmar este despacho pudo comprender toda su intención, hubo de conocer que

giados en Rusia, fué necesario que los embajadores todos á una declararan al gobierno turco que no se debía tratar ya más de esa extradición que repugnaba á las leyes del honor y de la hospitalidad, y que impedían de consuno la religión y la humanidad para que cesara Turquía sus reclamaciones.

Avisada con esta comunicación la Puerta cambió de tono, y ofreció distinguir en la guerra á los inocentes de los culpables, restaurar las iglesias cristianas y portarse con moderación, pero en lo relativo á los Principados proponía una transacción destinada á alejar á los rusos de ellos, pidiendo que fueran vigilados por dos comisionados y administrados por kaimakanos griegos dejando para la conclusión de la guerra la elección de nuevos hospedares.

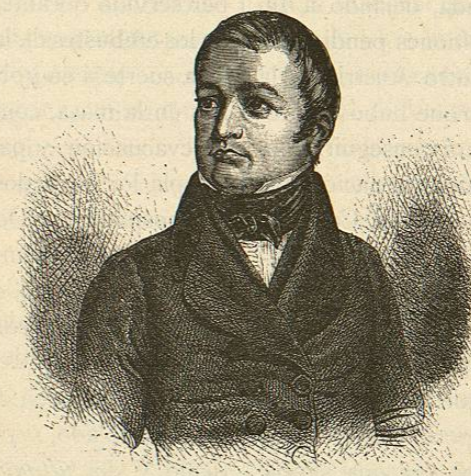
Con esta solución el conflicto quedaba en pie y los embajadores tenían orden de procurar una satisfacción para Rusia, así insistieron de nuevo hasta obligar al ministro turco Djanib á decirles que era claro que ahora las potencias tenían más miedo á Rusia del que antes habían tenido á Bonaparte. A la vez que se hacía fuerza en Constantinopla, Metternich y Castlereagh, procuraban influir en el ánimo del tsar haciéndole comprender que á la media sa-

tisfacción que le daba Turquía, había de contestar reduciendo algo sus pretensiones.

A esta solución se inclinaba Nesselrode que iba adquiriendo importancia, gracias á haber penetrado el estado de ánimo del tsar, y como Metternich ahora proponía á Rusia que formulara sus deseos, se creyó en San Petersburg poderse atraer al vanidoso Metternich y alejarlo por consiguiente de Inglaterra dejándole que desempeñara el primer papel. Acordóse, pues, enviar al general Tatistchew,—12 de Marzo de 1822,—á Viena para procurar una inteligencia directa entre Rusia y Austria, saliendo de esas conferencias el Memorandum de Metternich,

quien proponía, «dado que no se trataba de tocar la soberanía del sultán, que las proposiciones que los aliados hicieran respecto de Grecia, no se refirieran más que á puntos de legislación y administración; á las garantías para el libre ejercicio del culto, á las disposiciones legislativas para poner á las personas y la propiedad al abrigo de todo peligro, y á la regular administración de la justicia.»

Acaba el Memorandum diciendo que las potencias reunidas obrarían para que la Puerta restableciera el orden en los Principados; pero que diera una amnistía á los revoltosos; para que aceptara la



THIERS

mediación de las potencias para la pacificación, y para que Turquía nombrara delegados que asistieran á una Asamblea general con los embajadores para tratar de los medios más conducentes al restablecimiento de la tranquilidad.

A esta acción común de las potencias, Prusia había dado ya previamente su adhesión, cuando fué consultada por Alejandro para presentar un mínimo de reclamaciones de acuerdo con las potencias; pero Inglaterra, que por nada quería indisponerse con Turquía, desde el primer momento rechazó como antes toda acción común. La concordia entre Inglaterra y Austria, quedaba, pues rota desde el momento en que Rusia aceptara lo propuesto por Metternich y como esto se hizo desde luego por los astutos y ladinos diplomáticos rusos, la victoria de estos fué completa; Metternich se separó de Inglaterra y creyendo ser el mentor de Rusia trabajaba por cuenta de ésta. Pero si Austria se había comprometido por la habilidad de los rusos, ahora la intemperancia de los turcos acababa por echarla en sus brazos.

Habiendo sabido el gobierno turco que Rusia hacía de las condiciones de su *ultimatum* los puntos de partida de las negociaciones con las potencias, entendió que el lenguaje que con ella empleaban los embajadores era conminatorio y que no le quedaba más remedio que elegir entre la paz y la guerra. Así poseída de estas ideas convocó el 25 de Febrero una gran reunión, á la que concurrieron los jefes de las familias, los representantes de las corporaciones, etc., viendo aprobada su conducta y que se contestara á Austria en el mismo tono que se empleaba para contestar á Inglaterra, asegurándole además que el pueblo cumpliría con su deber caso de una guerra. Como de esta reunión hubo que darse cuenta á los genizaros y á los ulemas para excitar su entusiasmo y el fanatismo del pueblo, nada pareció tan inminente en estos momentos como la guerra, así se creyó también en San Petersburg, en donde el partido de la guerra se reanimó. Sin embargo, al recibir los embajadores la nota que se les pasó como resultado de esa reunión, se vió no sin asombro, que no era ni más ni menos ar-